

Subtítulos Stahl: Descubriendo Puerto Rico  
Francisco Pabón 2/21/16 12:54 PM

Dr. Agustín Stahl, médico y naturalista,  
Bayamón, P.R., 19 noviembre 1898,

por petición del Pres. Wm. McKinley,

le solicito informe sobre la flora,  
fauna e historia natural de la isla.

Firma, Comisionado Especial de EE.UU.  
para P.R., el Rev. Dr. Carroll.

La historia natural de P.R.  
aún no se ha estudiado.

Lo que se sabe es por estudios

hechos en las otras islas.

Por las referencias de nuestros

historiadores y cronistas:

Oviedo, Abbad y La Sierra, Juan Bautista

Muñoz y el francés Ledrú.

Que lo digan mis proyectos.

Ahí están, esta colección,

el sueño de mi vida, un museo de historia

natural para P.R., ¿adónde irá a parar?

¿Qué se conoce de estos animales,

plantas y los orígenes de esta isla?

En realidad, Dr. Carroll, parecería

una simple aglomeración de objetos

casualmente encontrados y recogidos

éstos que figuran en mi colección y,  
sin embargo. cuánto trabajo y estudio

lo que me han costado.

Toda mi vida me ha perseguido  
una pasión: descubrir

¿cómo se formó la isla?

¿cómo eran esos primeros habitantes,  
cuya desaparición fue su cruel destino?

Recuerdo mi primer encuentro con esta exuberante naturaleza, sus  
misterios,

y los secretos de su pasado.

Mis aventuras del Río Blanco.

El observador que haya recorrido  
en una mañana de primavera o del estío

los campos y selvas de P.R. siente

su espíritu transportado a las sublimes regiones de la meditación.

Vivimos en un país donde la traslación  
de un punto a otro en la mayor parte

del año es muy difícil, dado la falta  
de vías de comunicación,

las lluvias abundantes de nuestras estaciones  
y lo impenetrable de nuestros bosques.

Los indios llamaban a nuestra isla Borikén.

Por su situación geográfica,  
situada en la entrada del Mar Caribe,

entre las dos Américas,  
su flora representa una profusión de espléndidas especies tropicales,  
nativas y de otras partes del mundo.

El café vino de Arabia, la caña y el arroz de España, el plátano y el  
coco de Africa, las

quenepas y el níspero de América del Sur.

De aquí son la yuca, la malanga,  
el aguacate, el tabaco y otras plantas de  
primera necesidad para la riqueza pública.

En este viaje de exploración me  
acompañaba mi asistente y amigo, Miguel.

Subíamos por el Río Blanco de Naguabo  
al gran bosque tropical del Yunque

en busca de especies desconocidas  
y jamás clasificadas.

Toda esta grandeza y hermosura de  
nuestra naturaleza, la frescura y ambiente  
que se respira, la lozanía de la vegetación,  
despiertan en el hombre pensador  
otro género de reflexiones más serenas.

En aquellas tinieblas de las noches  
de travesía brotaba en el alma

el deseo de levantar la losa sepulcral  
que cubre la misteriosa historia de la isla

y de aquel pueblo extinguido cuyo  
pasado resucita al contacto con su mundo

y los monumentos que nos han legado.

Las 4 estaciones del año  
son apenas perceptibles.

La estación del calor  
y grandes lluvias torrenciales

se da entre junio y octubre  
en que suelen ocurrir los huracanes.

La superficie es escabrosa, el centro montañoso, y la mayor elevación  
es

la Sierra de Luquillo y el Pico del Yunque.

Servían de base a mis estudios  
las relaciones de los cronistas y viajeros,

los monumentos que los indios  
nos han legado como recuerdo

de su civilización  
y las evidencias de las plantas, rocas,

fósiles y animales de nuestra geología  
y geografía tropical caribeña.

Descienden de la montaña numerosas quebradas que se transforman  
en caudalosos ríos.

Luko o Lukón es el nombre  
que los indios le daban

a nuestra más alta montaña.

La coincidencia de este  
nombre con el de Anáhuac

sugerían en mí la identidad  
de razas entre los pobladores del Golfo

de México y nuestros primeros habitantes.

En busca de ese misterio

me dirigía en esta ocasión  
al bosque sagrado de los indios.  
Llevábamos días explorando  
aquel río y el bosque.

Allí, en aquel río,  
tracé la línea de mis futuros  
proyectos de naturalista.

Allí, interrogué cada una  
de las obras del hombre  
y de la naturaleza, buscando qué  
aspecto presentaba en remota época  
el país que hoy es nuestra patria.

—Miguel. Anoche soñé con ella.

—¿Con quién?

—Con mi primera mujer, la alemana.

Su presencia está aquí en todos sitios.

—Yo también soñé.  
Era como una sombra.

Quizá por que mi pai decía siempre  
que yo tengo un ser  
que me acosa, que me empuja.

No se ría.

Por eso mismo es que yo  
me empeño en estas cosas.

Así que Vd. soñó  
con la mujer de Alemania.

Don Agustín, ¿cómo era eso por allá?

—Fantástico, Miguel, fantástico.

Allí se está recopilando la historia.

Se está escribiendo el futuro.

Con ella, cada vez que  
teníamos oportunidad íbamos a caminar

por el Jardín Botánico,  
visitábamos los museos en Berlín.

—Me imagino que esos museos son  
como lo que Vd. quiere hacer aquí en P.R.

—Exacto.

Ese es mi gran sueño.

Mi gran ideal de que alguna vez  
aquí en P.R. pueda haber un museo

de historia natural donde toda esta vegetación, flora, fauna esté  
localizada,

recopilada en un solo lugar.

—¿A Vd. no le molestaría que yo  
recopilara mi orito pa' mí también?

—Claro que no, Miguel,  
claro que no.

Siempre que salíamos Miguel y yo regresábamos cargados de  
especímenes.

Algunos los guardábamos, otros los comíamos, y todos los  
catalogábamos,

medíamos y dibujábamos.

El estudio de la naturaleza viene  
haciéndose en nuestros establecimientos

de enseñanza en libros publicados  
en países cuya flora es completamente

distinta a la nuestra.

De manera, que los ejemplos  
que se citan para explicar

la terminología se refieren  
a plantas aquí desconocidas.

Por eso, en mis estudios describo  
la flora y fauna de P.R.

con ejemplos tomados de nuestras  
plantas más comunes y más conocidas.

La publicación de una obra  
que sirva de texto en nuestras

escuelas deo para el que guste  
encargarse de tamaño trabajo.

En medio de esta infinita  
variedad de especies

el hombre se formula la siguiente transcendental pregunta:

¿habrá la naturaleza dotado a esta  
de alguna virtud particular e importante?

16.38. ¡Qué extraño!, que en un país  
con una productiva explotación de oro

en los primeros años de la conquista  
no pueda aliviar hoy con la riqueza minera

que oculta en sus entrañas el enorme  
peso de deudas que gravita sobre

el pueblo desde hace muchos años.

Miguel rompiendo aquellas piedras

me hacía pensar que en inmutable  
ciclo de la piedra se ocultaba

el secreto de la creación de la isla  
y su posterior colonización española.

Primero, la servidumbre india,  
y luego la esclavitud africana

para satisfacer la ambición  
de oro de los colonos.

Ahora entendía  
que por siglos y milenios

la acción del agua fue transformando  
las piedras: la roca grande,

la más pequeña, la arena, el sedimento, depositando los suelos al  
fondo del mar.

Allí, la presión del agua,  
los movimientos sísmicos

y las turbulencias de la tierra  
compactaron la arena y los

sedimentos hasta convertirlos en rocas  
enormes, que una vez más formaron

nuestros picos y montañas.

Así ha sido por millones de años.

Nuestros gigantescos árboles  
son de maderas durísimas

y sirven para construcción de casas,  
muebles y barcos.

Lástima que el fuego de las carboneras  
nos amenaza con la desaparición total

de nuestras especies más preciadas.



Apenas ya se encuentran

árboles como el yaya, maricao,  
ausubo o el tortugo amarillo.

No tenemos más que  
interrogar la superficie del suelo

para satisfacer nuestra curiosidad  
acerca de la historia geológica

de nuestra isla.

Inmensas moles de granito  
amontonadas en la cúspide,

unas sobre otras, aparecen  
en imponente confusión.

La isla entera debía en la  
antigüedad más remota

yacer bajo el mar, hasta  
que un cataclismo modificó

su topografía y proyectó  
los relieves de nuestras montañas.

La potencia volcánica central  
elevó nuevamente y con violencia

las masas graníticas que constituyen  
el Yunque de nuestra isla.

Entonces brotaron súbitamente  
del seno de la tierra

las escarpadas montañas  
de Luquillo, Naguabo y Yabucoa.

El río era como mi pensamiento.

Una corriente que me llevaba  
en una dirección ineludible.

Para apreciar la flora y fauna  
había que entender las condiciones  
geográficas y la formación geológica  
de la isla y finalmente sobre el  
conjunto de suelos, plantas y  
animales se levantaban las huellas  
de los seres que la habían  
poblado antes de los españoles.

Un día se nos apareció  
uno de esos hombres que son  
piedras de toque con el pasado.  
¿Quién no diría que aquel hombre  
del bosque, uno de los últimos  
habitantes de nuestra selva,  
no era hijo del legendario Carabalí?

—Yo vine pa' ca, buscando huír,  
seguí caminando y pasé hacia allá,  
buscando hacia allá, adonde  
era el bohío de mi abuela.

Estaba aquí cuando pasé  
y allí estaba el culebrón.

Búscalos,  
hay un entierro ahí,

debajo. Búscalos.  
Sí, búscalos,

está. Ahí está.

—Ahora entiendo  
el exterminio de este pueblo.

Perseguido por las jaurías, abatido  
por el hambre, mutilado por la espada.

—Sí, y antes de mí, habían unos  
y vendrán otros y otros más.

Cuando yo me huyí de allá,  
ése muñeco me salvó la vida.

Lo agarré y me fuí allá, sí.  
Allá me encontré con un culebrón

grande, así, y me fuí, y me fuí,  
hasta que llegué.

Pero ése ñeco,  
ése me salvó la vida.

Sííí, quieto, no me lo lleve,  
que me salvó.

Ese entierro lo saqué yo.  
Abralo. Abralo, sí.

—Abralo, Vd.

—Apenas quedan muchas  
cosas aquí.

Parecen cartas, parecen restos,  
pedazos de un diario...

“1868. No sé qué hacer.  
La muerte de Papá ha sido un

golpe para la familia.  
Tampoco ayuda la rebelión el Lares.

Los criollos y mulatos están alzados.  
Creo que venderé la finca.”

—“22 dediciembre de 1849.  
De nada sirve Régimen de la Libreta.

Es un fracaso como todo lo de este gobierno. Más nos vale un negro cimarrón...”

—Ese fuí yo.

—“...que 6 enclenques arrimados.

Aquí nos llegó uno que es un toro en este bosque...”

—Ese fuí yo.

—“...es víspera de Navidad.”

—“Es el Día de los Muertos.  
Papá mandó la primera cosecha

de 1500 quintales. Llevamos 5 años  
en este monte perdido de Dios,

que más que monte es un infierno.”

Yo lo ví todo. Se cayó el monte,  
se secó el café, se murió el Corso.

Se lo comió el comején.  
Todo quedó destruído y

quedé yo en nada, mira.  
Después se lo llevó la paja.

Todo quedó así.

Y así, sólo el río quedó en  
aquella soledad de sueños y recuerdos.

El río, como el fluir del tiempo  
que arrastra en su corriente

el lamento de voces que nadie conoce.

Después de aquel encuentro  
no podía dudar más que el

origen de nuestros indios había  
de buscarse entre las razas que  
habitaban el vecino continente.

Las figuras talladas en piedra  
de nuestros indios guardan

analogía notable con las de  
México y Yucatán. De hecho,

no puede negarse conexión de  
origen entre los pueblos borincanos

y los del Golfo de México.

Difícilmente encontraremos  
en las Antillas otra colección

tan numerosa. Y debemos  
recordar que esta colección

se ha levantado por el esfuerzo  
de un solo individuo sin la cooperación

del gobierno o centros oficiales.  
Todo esto en un país donde tal

clase de especulaciones intelectuales  
se traducen por aberraciones mentales.

Dr. Carroll, quizá  
todo no sea más que una quimera,

una halagueña esperanza,  
una vana ilusión,

pero sigo creyendo que es  
posible realizar esta obra

por más difícil que lo parezca.

